

contemplacion de las cosas divinas y caminando por las hermosas sendas de la Cruz; la que en suma llena de alegría á los verdaderos cristianos que agoviados bajo el peso de la adversidad, ó postrados en el lecho del dolor, oprimidos por cruel enfermedad, viven en la mayor resignacion no deseando otra cosa sino el cumplimiento de la voluntad de Dios. ¡Plegue á Dios que los hechos admirables de la vida de la Virgen María, que venimos narrando, no sirvan tan solo de objeto de admiracion, sino tambien de imitacion! De este modo el corazon se hará apto para contrarrestar los duros embates de los azares de la vida.

## CAPITULO V.

## El Golgotha.

El divino Isaac habia llegado al monte del sacrificio. Maria su Madre coronada de tribulacion habia seguido sus pasos y se disponia á presenciar la trájica escena de la muerte del libertador de la humanidad. Con una sola palabra nos esplican los historiadores sagrados todo el hecho importantísimo de la crucifixion: «y le crucificaron,» ó bien, «despues de haberle crucificado.» El mismo laconismo usan para espresar el tormento del corazon de la Virgen Madre siendo testigo de tan cruel escena: «Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.» La tradicion se ha encargado de trasmitir de una en otra generacion todas las circunstancias que callaron los Evangelistas y que vienen siendo objeto de la contemplacion de los cristianos. A la luz pues de la tradicion hemos de trepar con la imaginacion á la cresta de aquel monte sembrado de maravillas: para comprender siquiera sea imperfectamente toda la magnitud de los dolores de la Santisima Virgen, necesario es que veamos á la divina Víctima, sufriendo los mayores improperios al par que los mas crueles tormentos: que veamos correr por sus sacratísimos miembros aquel torrente de divina sangre en que quedaron anegados los crímenes de la humanidad: preciso nos es presenciar su agonía en el patíbulo de los dilincuentes, oír sus últimas palabras y verle lanzar el postrimer aliento. Empero séanos licito ya que en el Gol-

gotha vamos á contemplar á Jesus y á María, fijar nuestra imaginacion en las causas que motivaron tan crueles tormentos. De este modo sabremos apreciar mejor el plan infinito de la Reparacion humana, y las sábias disposiciones de la Providencia para que la justicia y la paz se uniesen con estrecho vínculo, dándose un ósculo amoroso, como habia anunciado el Profeta Rey <sup>1</sup>.

El hombre formado por Dios á su imagen y semejanza, fué dotado de santidad. El Hacedor Supremo á quien plugo adornarle con un alma racional que le ennobleciera y le distinguiera de los irracionales, le constituyó rey de la naturaleza, y le concedió el don de la libertad, para que voluntaria y libremente le ofreciese homenajes de adoracion que se disponia aceptar. Empero el hombre para quien todo fué hecho, segun dijimos al tratar de la Concepcion en gracia de María, hizo un funesto abuso de la libertad que le fuera concedida, y olvidándose que él habia sido hecho para Dios, cayó con facilidad en el crimen de desobediencia, mereciendo un castigo que hiciese conocer la enormidad del delito. Desde aquel momento un fúnebre velo se estiende sobre la creacion, y la humanidad cae en un profundo abismo, ejerciendo su dominacion sobre todo cuanto existe, el soberbio príncipe que por medio de la serpiente astuta sedujera á la desgraciada Eva: su imperio no podia ser derrocado ni por la turba de soberanos espíritus que habitan los cielos ni por los justos que habian de aparecer sobre la tierra. Los hijos del primer padre se cubrieron con las vestiduras del dolor para llorar las consecuencias de la culpa primitiva. En vano levantaban los ojos al cielo, pues que el cielo permanecia cerrado; y por do quier se escuchaban

<sup>1</sup> Justitia et pax osculatæ sunt. Psalm. LXXXIV, v. 11.

los lamentos de aquellos mismos á quienes Israel por justos reconocia. Ningun ser finito podia ser mediador entre el Criador y la criatura: ningun hijo de Adan podia satisfacer la divina justicia hollada por la culpa. Era necesario un mediador de propia autoridad y escelencia que pudiese ofrecer un sacrificio de valor infinito. El Verbo Eterno, compadecido de la desgracia de la humanidad, *Ecce venio*, dijo á su Eterno Padre... y llegada la plenitud de los tiempos, ese Verbo de Dios, esplendor de la gloria del Padre é imagen de su sustancia, que habitaba en el seno de su felicidad, desciende á la tierra de nuestra peregrinacion, y se humana, revistiéndose de nuestra carne para padecer en ella, y que lo mismo que nos envileció sea lo que nos eleve y nos ensalce. Este Verbo divino, Hijo de Dios, es Jesucristo el Hijo de María, cuyo sacrificio vamos á contemplar. Si un dia dijo á los hombres: *Ecce venio*, yo vendré para salvaros; en la cresta del Calvario: *Ya he venido*, les dice, y tomando sobre mis hombros todas nuestras maldades, voy á abriros con mi Cruz la puerta de los cielos.

La caridad infinita en que se abrasaba el corazon del divino Salvador le habia hecho desear con anhelo el momento de consumir el sacrificio. El amor le hizo tan ardoroso en el deseo de gemir bajo el peso de la Cruz, de morir sobre ella, de sufrir los ultrajes, tormentos, blasfemias y afrentas de la Cruz y su pasion como lo declaró á sus Apóstoles <sup>1</sup>. Fijemos ya nuestra atencion en la escena de dolor que debe ocuparnos en el presente capítulo.

El Hijo del hombre vá á entregar su vida en manos de sus enemigos, segun les habia anunciado á sus discípulos á su entrada en Jerusalem. Las circunstancias mas dolorosas

<sup>1</sup> Baptismo autem habeo baptizari: et quomodo coarctor usque dum perficiatur? Luc. cap. XII, v. 50.

van á acompañar su sacrificio. Lo primero que hicieron los verdugos luego que Jesus llegó al Calvario, fué despojarle de sus vestiduras, dejándole desnudo á vista del numeroso concurso que habia acudido á presenciarse el sangriento espectáculo. ¡Dolor profundísimo para aquella bendita Madre que escede en pureza á los mismos ángeles, el ver á su Hijo en tan completa desnudez! Llena de afliccion, dice San Anselmo, corre presurosa y quitándose la toca de su cabeza se la coloca en su cintura: pero queda sumergida en el piélago inmenso de la mayor amargura cuando acercándose á su Hijo vé su cuerpo, todo hecho una viva llaga de los piés á la cabeza, pues que sus virginales carnes están despezadas por el cruel tormento de los azotes. ¡Cómo podrá la menguada inteligencia humana comprender el estado angustioso en que se encontraría en tan solemnes momentos el alma de la bendita Madre de Jesus. Seguramente tendría que ser confortada por el Espíritu Santo; porque de otro modo, hubiera muerto á la violencia de sus dolores. Cualquiera madre hubiera sucumbido en trance semejante: pero á la cualidad de madre, hay que agregar el profundo conocimiento que tenia la Santísima Virgen de toda la grandeza, de todas las perfecciones de su Divino Hijo, por lo que su amor hácia él tuvo necesariamente que ser superior al que todas las madres del mundo han profesado á sus hijos.

Despojado Jesus de sus vestiduras, sus verdugos se preparan á efectuar el sacrificio. Entretanto la multitud de pueblo que llenaba las avenidas del Calvario, reía á carcajadas y se mofaba de la sagrada víctima. El populacho de todas las naciones, ha dicho Orsini, ha tenido siempre instintos feroces, pero el de los hebreos se escedió en esta ocasion. Y tiene razon el erudito historiador. La historia de todos los tiempos y de todas las naciones, nos presenta mil prue-

bas de que un populacho desenfrenado, para el que nada significan las leyes: un populacho guiado por sus propios instintos y en libertad para obrar segun su capricho, está pronto para lanzarse á los actos del mas horroroso vandalismo. ¡Cuántos hombres modelos de honradez y probidad han sido miserablemente sacrificados por los mismos pueblos á los que habian dispensado los mayores beneficios! Empero por mas que registremos con atencion y detenimiento los anales de todos los pueblos, la historia de todas las revoluciones que han afligido á las naciones, no encontraremos pueblo alguno cuya degradacion y vileza pueda compararse con la del pueblo hebreo, que con feroz instinto y la mas monstruosa ingratitud, cual lobos hambrientos se arrojan sobre el mas inocente Cordero para despedazar sus carnes, olvidados de los grandes beneficios que con mano liberal les habia dispensado. Cada obra prodigiosa que habia obrado su diestra poderosa, cada milagro que habia obrado en la curacion de tantos enfermos, cada instruccion pública que habia dado en las sinagogas ó en las plazas, habia servido para mas escitar el ódio y la venganza que les habia movido á solicitar la sentencia de su condenacion á muerte. Sigamos nuestra narracion de los sucesos del Calvario.

Con la mayor fiereza hicieron tender sobre la Cruz al divino Redentor, y habiendo puesto un clavo sobre su mano derecha, alzan el inhumano martillo, que dando sobre él la traspasa de parte á parte. Aquel golpe fatal dió al mismo tiempo que en el clavo sobre el corazon de la Virgen Maria, que quedó como sin vida, segun ella misma reveló á su sierva santa Brígida. La Magdalena abrazada con la angustiadísima Señora y el fiel discípulo Juan que quedó estático y pasmado, formaban al lado de Jesus el

grupo mas interesante y aflictivo que vieran los siglos.

Tras la mano derecha fué clavada la izquierda con la misma inhumanidad, y como si no fuera bastante el tormento de la crucifixion por sí solo, con la mas dañada intencion hicieron este segundo barreno á mas distancia de lo que era necesario, aumentando de este modo los crueles padecimientos del Redentor, pues que amarrándole una cuerda á la muñeca tiraron con la mayor fuerza hasta descoyuntarle los brazos, haciendo igual operacion con los piés. Así crucificado ya el mansísimo Cordero, elevaron la Cruz en presencia de aquel pueblo ávido de sangre, dejándola caer en el agujero de la peña. Este acto produjo en Jesus un horrible sacudimiento de todos sus miembros, renovándose todas sus llagas, de las cuales corria en abundancia su divina sangre que era hollada por aquellos miserables verdugos. Así Jesucristo quedó elevado entre el cielo y la tierra en lo mas alto del Golgotha. ¿Y María? ¿Qué se ha hecho de esa afligísima Madre? Escuchemos al Evangelista.

Tan solamente nos dice San Juan que «estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.» ¡Cuánto laconismo! ¿Pero qué mas pudiera decirnos? ¿Ni quién será capaz de desenvolver el divino énfasis que tan breves palabras encierran? Decir que estaba al pié de la cruz de Jesus, su Madre, es lo mismo que afirmar que padeció mas que han padecido los mártires de todos los siglos. María escede en valor á Débora y en intrepidez á Judith: su heroismo no tiene semejante ni lo tendrá en el mundo. Ya lo hemos dicho: ella padece en su corazon los mismos tormentos que su Hijo en todos los miembros de su cuerpo, y en medio de tanta angustia ni una sola palabra de queja. Eleva sus ojos al cielo y pide al Eterno Padre tan solamente que le aumente las fuerzas

para sufrir tantos tormentos, conformándose con su voluntad soberana.

«Cuando se quiere probar una espada, dice Argentan, y asegurarse de que no faltará á lo mejor del combate se la prueba sobre las piedras, sobre el hierro, y sobre el bronce; y si corta las piedras, raspa el hierro y penetra hasta en el bronce, se tiene por cierto que cortará fácilmente brazos y cabezas, y que todo lo que sea menos duro que el mármol no será capaz de resistirla: hé aquí, pues, Virgen Santísima, aquella espada hecha á toda prueba, de la cual os habló el santo anciano Simeon en el templo de Jerusalem. Hé aquí aquella espada de dolor que ha partido las piedras, traspasado el corazon de los verdugos y la impenetrable dureza de los mismos demonios, y finalmente se ha hecho sentir hasta de las cosas mas insensibles. ¿Pues quién comprenderá á qué estado redujo el corazon de la mas tierna de las madres?»

«Pero aquí descubrimos otra estension aun mayor de los dolores de esta Madre al pié de la Cruz; *Ibi dolores ut parturientes*: allí es donde ella sufre los dolores del parto. No los padeció cuando dió á luz á su Hijo en el portal de Belen; pero San Bernardo la contempla al pié de la Cruz como pagando con usura en la muerte del Amado de sus entrañas los dolores de que se vió libre en su nacimiento por su virginal pureza<sup>1</sup>.»

Jesucristo estaba pendiente de la Cruz presentando el mas terrible espectáculo: su cuerpo estaba totalmente descoyuntado en disposicion que se le podian contar todos sus huesos, segun que anticipadamente habia predicho el Pro-

<sup>1</sup> *Nunc solvis, Virgo, cum usura dolorem quem in partu non habuisti, nunc millies replicatum Filio moriente passa fuisti.*

feta<sup>1</sup>: viéndose á mas de tanta multitud de llagas y heridas, las que acababan de hacerle, pues con la mas refinada malicia, cuando le levantaron de la tierra, le sostuvieron con las lanzas por debajo de los brazos. Los judíos blasfemaban y los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban, unos á otros se convidaban al espectáculo; otros no lo podían mirar á causa del dolor que les causaba; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo, y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazón de la afligida Madre<sup>2</sup>. ¡Qué espectáculo tan terrible el que presenta el Gólgota en momentos tan solemnes!; Jesus se halla elevado en la Cruz en medio de un pueblo que le maldice con todas sus fuerzas, creyendo hacer en ello un acto meritorio, porque Moisés habia escrito por mandado del Señor: maldito es de Dios el que es colgado en un madero<sup>3</sup>. Mas en medio de tan infernales voces se levanta la voz mas pura é inocente que existia entre todos los vivientes: era la voz de la afligida Madre de la divina víctima, que á nombre de toda la Iglesia, saluda la primera al Verbo hecho carne elevado en la Cruz, siguiendo su ejemplo San Juan y las piadosas mujeres, que tambien adoraron al divino Nazareno pendiente del santo madero.

A vista, pues, de las terribles escenas del Calvario, comprendemos el profundo silencio de los Evangelistas acerca del martirio de la Santísima Virgen. Todo cuanto pudieran haber dicho, está manifestado en estas palabras: «Estaba al pié de la Cruz de Jesus, su Madre.» Dentro del seno virginal de esta divina Rebeca, luchaban los dos gemelos Jacob

<sup>1</sup> Dinumeraverunt omnia ossa mea. Psalm. XXI, v. 18.

<sup>2</sup> Mística ciudad de Dios. Parte II, lib. VI, cap. XXII.

<sup>3</sup> Maledictus á Deo est qui pendet in ligno Deut. XXI, v. 23.

y Esaú, el inocente Jesus y el infeliz pecador. ¿Y cómo llamaremos á María, cuando la contemplamos en el Calvario? Ella es la bella rosa de Jericó, pero está llena de tristura. No descubrimos en ella la intrépida Judith, que llena de gozo se oye aclamar, gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honra de su pueblo: no la bellísima Estér, por cuya hermosura, Asuero revoca el decreto de muerte que contra los judíos le habia arrancado el pérfido Amán: no le podemos dar ahora otro nombre que la amarga Madre de Jesus, porque el Omnipotente ha llenado su alma de amargura; por esto esclama: No me considereis que soy morena porque el Sol me quitó el color<sup>1</sup>. Vamos ahora á escuchar una cláusula del Testamento del Redentor, benéfica en alto grado á la humanidad, y en virtud de la cual, María adquirió el título de Madre de los hombres.

<sup>1</sup> Cant. cap. I, v. 5.